





# LÁGRIMAS DE CARBONILLA



José María Ladero Quesada

# LÁGRIMAS DE CARBONILLA



Primera edición: febrero de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José María Ladero Quesada

ISBN: 978-84-18097-88-1

ISBN digital: 978-84-18097-89-8

Depósito legal: M-4268-2020

Editorial Adarve

C/Ros de Olano 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







Esta es una obra de ficción. Todos los acontecimientos y situaciones que en ella se narran son completamente imaginarios. Cualquier parecido con la realidad es pura e involuntaria coincidencia. Las referencias a personajes e instituciones son inherentes al desarrollo de la trama y sus actos o las menciones hechas a ellos son igualmente imaginarios y exentos de cualquier matiz peyorativo.



PRIMERA PARTE

1926



# 1

—¡Antonia, Antonia! ¡Despierta!

Se despertó de golpe, asustada. Estaba soñando que su hermana se había muerto y que ella dormía sola en la cama que hasta hacía poco habían compartido. Abrió los ojos, todavía desorientada, y al ver que efectivamente su hermana no estaba a su lado y que el rostro de su madre mostraba una expresión de alarma a la luz amarillenta de la bombilla que colgaba del techo, notó un vacío en el pecho y ahogó un grito.

—¿Se ha muerto?

—¿Quién se ha muerto? —preguntó su madre.

Antonia emergió a tiempo de su mundo onírico.

—No, nadie, estaba soñando.

Conchita era su hermana mayor. Le llevaba algo más de tres años, pero siempre la habían llamado por el diminutivo. Ella, en cambio, había sido Antonia desde que nació. Había llegado a la conclusión de que, al haber sido pequeñita al nacer, sus padres no habían querido echar leña al fuego.

—Anda, levanta. Conchita está mejor pero todavía tiene fiebre y no puede venir a ayudarme. Está dormida en la cama turca de nuestra habitación.

Su madre siempre decía *nuestra habitación*, aunque ya hacía más de un año que había enviudado. Conchita tenía anginas y el médico, don Sebastián, había recomendado que durmiera sola para no contagiar a su hermana, que había estado con paperas un mes antes y todavía no acababa de recuperarse del todo.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —preguntó ya totalmente despierta y más tranquila.

—Son las dos. Vístete, tienes que acompañarme. La Fidela se ha puesto de parto y ha venido su marido, el Genaro, porque parece que la cosa no va bien. Es primeriza, lleva 12 horas de parto y no avanza.

—¿Por qué no han avisado antes? Ya dijiste que iba a ser un parto difícil.

—Porque son muy brutos, qué quieres que te diga. Como si les fuera a cobrar. Anda, date prisa que me tendrás que ayudar.

Normalmente era Conchita la que acompañaba a su madre para asistir los partos de las mujeres del pueblo. Antonia había manifestado en ocasiones sus deseos de ir, pero su madre le dijo que aún era demasiado joven para presenciar el parto de una mujer, aunque estaba muy acostumbrada a ver nacer terneros y corderos. Una vez contempló hipnotizada cómo una cerda paría, uno tras otro, 14 lechones. Parecía que no iban a dejar de salir nunca. Y cuando su perrita Chica, una hembra de bodeguero andaluz, tuvo cachorros, fue ella quien estuvo a su lado y quien arrimó a los perritos a la teta para que mamaran.

—El parto de una mujer no tiene nada que ver —le había dicho su hermana la tarde en que parió la cerda—. Dice el señor cura que las mujeres paren con dolor, que así lo dispuso Dios en castigo por el pecado original.

—Pues Adán pecó lo mismo que Eva y al él no le duele parir hijos —reflexionó Antonia—. Si los curas parieran, seguro que ya habrían inventado algo para que les resultara divertido.

—Calla, no digas esas cosas. Si te oyera padre...

La que calló entonces fue ella. Su padre no hacía mucho que había muerto y todavía de vez en cuando se les olvidaba que eran huérfanas. Sin embargo, se habían habituado pronto a su ausencia; en general no les hacía mucho caso, era bastante adusto y siempre presto a la regañina. Antonia llegó incluso a pensar que su madre parecía menos triste de lo que debiera, pero desterró enseguida la idea con un meneo fuerte de cabeza.

Parecía llegado el momento de comprobar directamente las diferencias entre el parto de una cerda y el de una mujer. Antonia conocía a la Fidela, una chica de no más de 16 años que se había casado pocos meses antes con el Genaro, del que se decía que la había dejado preñada una noche, cuando se dieron un revolcón en un pajar. No estaba muy claro si fue el Genaro el único que fornicó aquella noche con la Fidela porque era la fiesta de los quintos, que siguiendo la costumbre andaban en manada y borrachos por las calles cuando ya había anochecido y la Fidela cometió la imprudencia de salir sola por el pueblo mientras la muchachada iba en busca de *algo que echarse al ciruelo*, como repetía incansable el Isidoro, el más bestia de todos ellos.

Si aquello fue una violación en grupo o si la Fidela se dejó querer es algo que no se sabrá nunca. A la mañana siguiente todos los reclutas fueron en carro hasta la estación del ferrocarril, con una resaca colosal y tan solo un vago recuerdo de la noche anterior. Todos menos Luisito, el hijo del boticario don Matías, que había participado de la juerga colectiva como uno más pero que fue transportado por su padre en el Ford de la familia. Mientras tanto, la Fidela lloraba a solas sobre el jergón al que se había arrojado, dolorida y llena de magulladuras, nada más llegar a casa de sus padres, sin que estos advirtieran su estado. No dijo nada porque temía, no sin razón, que a los golpes de la noche anterior se unieran los correazos de su padre por volver de aquel modo.

Tres días después volvió el Genaro al pueblo. No había pasado el reconocimiento médico. En la cartilla militar habían estampado un sello: *Inútil total*. No decía el motivo, pero a don Sebastián no le extrañó en absoluto. El Genaro era un débil mental y tenía la columna muy desviada. De hecho, ostentaba una chepa bastante notoria, aunque trataba de disimularla caminando un poco de costado. Fue esto último, y no su escaso caletre, lo que justificó la exención del servicio, algo que en un pueblo como aquel le marcaría para el resto de su vida.

Unos días más tarde regresó también Luisito. En esta ocasión habían sido las influencias y el dinero de su padre los que

le libraron del servicio efectivo mediante el pago de la *cuota* correspondiente. Inmediatamente, condecorador el padre de los hechos acaecidos durante la noche que precedió a la marcha de los quintos —en los pueblos todo se sabe tarde o temprano y Luisito había alardeado de haber sido quien primero rompió las defensas de la Fidela—, le envió a Madrid para que estudiara Farmacia. Cumplía con ello un doble objetivo: sacar del pueblo al imbécil de su hijo, donde él era tan temido como poco apreciado, y garantizar la permanencia de su botica cuando decidiera jubilarse.

De modo que cuando el bombo de la Fidela se hizo evidente e indisimulable, su padre le administró una paliza y, como el embarazo se empeñó en seguir adelante, buscó al único responsable que tenía a mano. Cogió una hoz y se fue a la casa del Genaro para arreglar el asunto. Los padres del zagal, viendo una oportunidad de quitárselo en encima, no pusieron objeciones, sino que dieron sus bendiciones para una boda rápida. Incluso regalaron a los contrayentes el colchón y una mesa vieja para que adecentaran su nuevo hogar: un chamizo en una alquería que el obispado les arrendaba a cambio de una parte de la cosecha de aceituna. Y allí se fueron los dos para iniciar su vida en común.

Todo esto había ocurrido cuatro meses antes. Desde entonces otros dos quintos habían vuelto al pueblo, pero en una caja de pino, porque había guerra en Marruecos y el glorioso ejército español encadenaba ofensivas para expulsar a los moros de su territorio y para impulsar la carrera de algunos *comandantines* a los que se auguraba un brillante futuro, futuro que empezaban a cimentar sobre los cadáveres de sus subordinados. Nadie podía suponer entonces las proporciones apocalípticas que alcanzaría años después la pirámide de cuerpos que engrandecería la discreta talla física y humana de uno de ellos.

Antonia se levantó y se sacudió la modorra y las telarañas de los ojos lavándose la cara en una jofaina que llenó con el agua de una



jarra esmaltada que tenía en una esquina del cuarto. Se secó con una toalla de hilo y empezó a buscar su ropa.

—Vamos, date prisa, que parece que la Fidela está mal —la apremió su madre.

Se puso lo que llevaba la noche anterior, que habían pasado en la fiesta del patrón en la plaza del pueblo. Una blusa blanca que le había dejado su abuela para el ajuar pero que no había podido resistir la tentación de estrenar y una falda de tela estampada que le llegaba hasta media pierna. Estaban a principios de la primavera y se echó una toquilla por los hombros. Su madre la esperaba impaciente.

—¿No tenías otra cosa que ponerte?

—Lo que tenía más a mano, madre. Como había prisa...

Salieron a la calle. Había luna casi llena y conocían el camino. El Genaro, provisto de un farol de aceite que apenas daba luz pero que al oscilar daba al gañán un aspecto fantasmagórico, abría la marcha. No hablaron en todo el trayecto, que cubrieron a buen paso en menos de media hora. Llegaron a una casa baja mal encalada que mostraba a trozos los muros de adobe a través de los numerosos desconchones. Parecía que el Genaro no cuidaba muy bien su morada. A la puerta, una mujer que representaba muchos más años que los 45 que en realidad tenía la esperaba llorosa mientras se frotaba nerviosa las manos y daba grandes suspiros. Era la madre de la parturienta que entre sollozos solo alcanzaba a lamentarse:

—¡Ay, mi hija, que se me muere! ¿Por qué dejé que me la casaran con este bruto? Yo habría criado al niño y ella no tendría que estar pasando por esto.

El citado bruto la apartó de la puerta con bastante rudeza e hizo pasar a la partera y a su hija. De un vistazo, la madre de Antonia se hizo cargo de la situación. Estaban en un chozo de pastores sin luz eléctrica ni por supuesto agua corriente, alumbrado malamente por dos candiles y algunas velas distribuidos por la única estancia. Los escasos muebles estaban desvencijados y el suelo era

de tierra apisonada. Oía a miseria con un agrio toque de suciedad que lo impregnaba todo, mezcla de orina, sudor y vapores de guisosos rancios. En un rincón yacía la Fidela sobre un jergón de paja colocado sobre una especie de soporte de tablas que lo separaban y lo elevaban unos centímetros del suelo. Estaba pálida y sudorosa y su mirada reflejaba un profundo pánico.

Cuando la madre de Antonia retiró la manta que cubría a la muchacha pudo comprobar que su miedo estaba más que justificado. Bajo el vientre grávido una masa de coágulos le tapaba la zona genital y la cara interna de los muslos. La comadrona se envolvió las manos en unos guantes limpios de lino y en unas hilas que había llevado consigo, pidió una palangana con agua que el Genaro fue a buscar a un pilón cercano y retiró los cuajarones de sangre. La vulva de la mujer estaba entreabierta y al meter la mano, la madre de Antonia exclamó:

—¡Se toca la cabeza!

E inmediatamente cambió de posición, se puso a un lado de la Fidela mirando hacia sus pies y colocó ambas manos sobre el abdomen, empujando la cúpula de la matriz hacia abajo. La vulva se abrió un poco más y algo que parecía un mechón de pelo asomó en el fondo.

—Antonia, ven. Ponte aquí y haz lo mismo que estoy haciendo yo. Aprieta de forma mantenida y no muy fuerte.

Antonia sustituyó a su madre en la maniobra. No estaba nerviosa ni asustada. Solo pensaba en hacer bien lo que le había indicado su madre. Esta se colocó de rodillas ante las piernas separadas de la parturienta, introdujo con gran cuidado una mano enguantada entre la cabeza del niño y la pared de la vagina y dijo:

—Ahora. Haz lo que te he dicho.

Antonia empujó como si en ello le fuera la vida. No tenía mucha fuerza, pero lo hizo a gusto de su madre. Al menos esta no dijo nada, ocupada como estaba en tirar suavemente hacia abajo de la cabeza del niño, que fue asomando poco a poco, permitiendo que la tomara entre ambas manos para que la tracción fuera más ho-

mogénea. Salieron los hombros y luego el tronco y entonces, con un hábil movimiento que combinaba tracción y rotación, imprimió un giro espiral que sacó al niño en cuestión de segundos.

Era una niña arrugada recubierta de una viscosidad espesa. No se movía ni respiraba. La madre de Antonia hizo dos ligaduras en el cordón umbilical, lo cortó entre ambas con sus tijeras y cogió a la recién nacida por los pies colgándola cabeza abajo. Un par de azotes en el enjuto culo dieron como resultado un llanto bastante potente que resonó en toda la cabaña. El color de la niña pasó de un ominoso morado a un rosado pálido.

—Toma, Eduvigis —le dijo a la madre de la Fidela mientras le tendía a la niña—. Aquí tienes a tu nieta. Ocupate de ella, límpiala y procura que tenga una vida mejor que la de tu hija.

Aquellas palabras sorprendieron a Antonia por su dureza e hicieron reaccionar a la mujer, que sin dejar de llorar hizo lo que se le ordenaba con bastante eficacia. No en vano había parido cinco hijos, aunque solo le vivía la Fidela. Entre lágrimas de rabia y pena, contestó a la comadrona.

—No diga eso, señora Eulalia. Yo no tengo la culpa de lo que le pasó a mi hija. Esa noche mi marido me mandó ir a comprarle vino y como no quise, porque ya estaba bastante borracho y al final acaba pegándonos con cualquier excusa, mandó a la Fidela. Yo no lo impedí y de eso sí tengo la culpa. De eso y de no haberme marchado mucho antes con mi hija. Pero a dónde íbamos a ir, dos mujeres solas y sin un duro.

La madre de Antonia iba a decir algo, seguramente a disculparse, cuando la Fidela emitió un quejido y expulsó la placenta con un ruido de borbotón. Optó por dejarlo para más tarde y cogió la placenta con ambas manos, examinándola detenidamente a la luz de uno de los candiles.

—Vaya, menos mal, parece que ha salido completa —y la dejó en una palangana.

Pero la calma duró poco. Cuando estaba empezando a lavar a la parturienta para fajarla y dejarla descansar, un cuajarón de san-

gre y luego otro aún más grande salieron por la vulva dilatada y tumefacta.

—Rápido, Antonia, dame un paquete de hilas.

—No quedan, madre. Se han gastado todas.

—¡Se está desangrando! Hay que taponar la hemorragia.

Miró desesperadamente a su alrededor y no vio nada que se pareciera de lejos a una tela limpia. Finalmente se dirigió a su hija.

—¡Dame tu blusa! —ordenó imperiosa.

—Pero, madre... —protestó tímidamente Antonia.

—Vamos, dámela. Es solo una blusa. Ya compraremos otra.

Antonia se la quitó y se la dio a su madre, que hizo con ella un rollo cilíndrico y lo introdujo en la vagina de la recién parida.

—Eduvigis —dijo dirigiéndose a la reciente abuela—. Dame a la niña, que se la ponga al pecho. Así se cerrará la matriz y se cortará la hemorragia.

—Tenga, señora.

La madre de Antonia descubrió el pecho de la Fidela y aproximó a la niña al pezón. En cuanto lo rozó con la boca lo aferró fuertemente con los labios y empezó a succionar con inesperada potencia.

—¡Mira, mira! ¡Se agarra como una persona mayor! Tiene ganas de vivir, la pobre.

La Fidela, exhausta como estaba, esbozó una sonrisa. Su madre y la de Antonia lloraban quedamente, con una mezcla de sentimientos que iban de la ternura a la preocupación. El Genaro, que permanecía inmóvil sentado en el rincón más oscuro, las miraba sin alcanzar a comprender del todo lo que había pasado.

—¿Ya no se muere la Fidela? —alcanzó a decir.

—De momento no —le contestó la autora del milagro—. Y si quieres que salga adelante vete a buscar a don Sebastián. Dile que baje, o mejor, que prepare la enfermería de su casa. Y despierta a quien haga falta, pero te quiero aquí con un carro antes de una hora. Hay que llevar a tu mujer a un sitio donde la podamos cuidar mejor.

El Genaro salió a toda prisa. Parecía que por fin se había hecho cargo de la gravedad de la situación.

—Tú sabes que este no es el padre de tu nieta, ¿verdad, Eduvigis?

—Bien que lo sé, señora. Es el hijo del boticario, el sinvergüenza del Luisito, que fue el que la preñó aquella maldita noche delante de todos los demás mozos. Y encima se libra de ir a la guerra por las influencias de su padre y no se corta un pelo en decir que fue él, para que se vea lo macho que es.

—Y si hubiera alguna duda, es pelirrojo como parece que lo va a ser tu nieta. Al menos no parece que vaya a ser morena, como vosotros.

Antonia asistía en silencio al diálogo. Ella desconocía los detalles de la historia, pero se dio cuenta de que allí todos salían perdiendo salvo el único culpable, el Luisito, un señorito que no había pegado golpe en su vida, que vivía en Madrid haciendo que estudiaba una carrera a costa del dinero de su padre y que, cuando estaba en el pueblo, pasaba el tiempo rodeado de aduladores a los que invitaba a beber o conduciendo a toda velocidad el coche de su padre por la calle principal, levantando nubes de polvo y asustando a las gallinas. A punto había estado una vez de atropellarlas a ella y a su hermana, que tuvieron que pegarse a una pared y se mancharon la ropa de cal. Su madre las regañó al llegar a casa, pero cuando le contaron lo ocurrido, rezongó por lo bajo.

—¿Es que no va a haber nadie que le ajuste las cuentas a ese niño bitongo? A ver si se mata un día y nos deja en paz.

El chamizo estaba frío y Antonia se arrebujó en su toquilla. Su madre se dio cuenta y le tendió la suya.

—Pobre hija, vaya un estreno que has tenido. Te aseguro que no suele ser tan terrible, aunque divertido tampoco es.

—Pero, madre, usted ha salvado a la Fidela. Ha sido estupendo—dijo Antonia, orgullosa de su madre.

—De momento. Ya veremos. Ha sido un parto muy sucio y ha sangrado mucho. Si me hubieran llamado antes...

Por fin llegó el Genaro con un carro tirado por una mula vieja. Entre él y el dueño del carro, un amigo de su padre, pusieron a la Fidela sobre unas mantas. Antonia, que estaba tiritando, se subió al pescante junto con el arriero y volvieron al pueblo. Acomodaron a la Fidela en un cuarto anejo al consultorio de don Sebastián, que les esperaba a la puerta. Cuando el médico vio el panorama, meneó la cabeza pesimista y le dijo a la madre de Antonia:

—Fiebre puerperal, seguro. Esta no lo cuenta. ¿Qué le ha puesto para taponar la hemorragia?

—La blusa de mi hija. Se me habían acabado las hilas y allí no había ni un solo trapo limpio. Esta gente vive como los animales.

—Sí, Eulalia. Es una vergüenza que haya tanta miseria cuando habría suficiente para todos. Tarde o temprano esto cambiará, ya lo verá.

—Puede que sí, pero no creo que usted y yo lleguemos a verlo. Es usted un optimista sin remedio, don Sebastián.

—Si no lo fuera, hace mucho que me habría vuelto a Salamanca. Allí dejé una carrera muy prometedora y algunas otras cosas que prefiero no recordar...

—No lo dudo. ¿Y por qué no se quedó allí? Esto se le queda chico. Es usted el mejor médico que hemos tenido nunca.

—Hay cosas que no se pueden contar, aunque no tengo nada de qué avergonzarme. Fue una decisión muy meditada tras un episodio muy doloroso para mí.

—Será por eso que no se ha casado usted...

El médico la miró sorprendido de su intuición y no dijo nada más. Volvió a entrar en la enfermería a comprobar el estado de la Fidela, aunque sin poder disimular cierta turbación.

La señora Eulalia, tras ayudar al médico a acomodar lo mejor posible a la Fidela, volvió a casa con su hija, que se acostó de inmediato. Metió la blusa que había taponado la hemorragia en una palangana con agua y escamas de jabón y la dejó en remojo.

—Por lo menos recuperaremos los botones —dijo con escasa convicción.

Antonia tardó en dormirse y cuando lo logró, cayó en un sopor profundo del que la sacó, ya entrada la mañana, un fortísimo dolor en el costado izquierdo, como una puñalada, que le impedía respirar y que vino seguido de inmediato de un intensísimo escalofrío. Toda ella temblaba incontenible, moviendo los barrotes de la cama que chirriaban y golpeaban la pared, haciendo un ruido sincrónico con su castañeteo de dientes. Así la encontró su madre cuando, alarmada por el traqueteo que llegaba al piso de abajo, entró al cabo de unos minutos en la habitación.

—¡Antoñita, hija! ¿Qué te pasa? —le tocó la frente, que estaba ardiendo—. ¡Ay, Dios mío! Tienes una fiebre altísima. Voy a buscar a don Sebastián. No te muevas de ahí. ¡Conchita, sube y quédate con tu hermana! —llamó desde la puerta.

Antonia se asustó de verdad. Su madre solo la llamaba por el diminutivo cuando pasaba algo muy malo. La última vez fue cuando le comunicó la noticia de la muerte de su abuela. ¿Sería ella la que se iba a morir ahora? Desde luego en su vida se había encontrado peor, aunque comprobó que al tumbarse del lado izquierdo el dolor disminuía un poco y le permitía respirar, aunque debía hacerlo con mucho cuidado porque si no le daba un golpe de tos que le hacía ver las estrellas. Era como si le clavaran un hierro al rojo entre las costillas.

Por fin llegó su madre con el médico. Don Sebastián le tocó la frente, le hizo abrir la boca y examinó la garganta aplanando la lengua con el mango de una cuchara, le exploró delicadamente el cuello con las yemas de los dedos y la hizo sentarse y descubrirse el pecho. Con manos expertas le palpó los costados al tiempo que le hacía decir repetidamente 33, colocó un dedo sobre el pecho y lo golpeó suavemente con el mismo dedo de la otra mano y finalmente terminó su exploración auscultándola con un aparato que se aplicaba por un lado en ambos oídos y por el otro en el pecho de la paciente. Don Sebastián era famoso en el pueblo porque auscultaba a todos los enfermos, aunque fueran a verle por un uñero. Algunos iban solo para que les *echara las gomas*. El ritual duraba va-

rios minutos y si alguno se impacientaba, don Sebastián levantaba imperiosamente el dedo ordenando silencio. Al fin, satisfecha su aparente necesidad de escuchar hasta el más mínimo aliento del sujeto, se olvidaba de él y escribía sus hallazgos en un cuaderno de pastas duras que siempre llevaba en su maletín. En su estante del consultorio se alineaban varias decenas de cuadernos similares debidamente etiquetados por fechas.

—Cuando me jubile voy a escribir un tratado de auscultación que va a ser la repanocha —comentó una vez a un colega de un pueblo vecino.

—Cuando te jubiles todo esto no servirá para nada. Habrá aparatos que lo harán mucho mejor que tú y que yo. Ya ves lo que ha pasado con la observación de los esputos de los tuberculosos. Con los rayos X ha perdido todo su valor diagnóstico.

—Bueno, eso estuvo bien. Era lo único de esta profesión que me daba asco.

En esta ocasión la auscultación fue más detenida en el lado del dolor y el registro escrito más breve de lo habitual.

—Neumonía —dictaminó al terminar, mientras guardaba sus cosas en el maletín.

—¿Quiere decir *pulmonía*? —preguntó la madre de Antonia, que se retorció nerviosa las manos.

—Eso he dicho. Neumonía lobar, para ser más preciso —remachó—. Se curará, la niña es fuerte y está sana. Tiene para tres semanas.

Y así fue. La pobre Antonia siguió con accesos de fiebre alta y le aparecieron unas calenturas en los labios que le deformaban por completo la expresión. La tos se fue haciendo menos dolorosa, aunque daba salida a un esputo sanguinolento que manchaba el pañuelo con unas estrías herrumbrosas. Don Sebastián la auscultaba a diario y apuntaba en su cuaderno la evolución sonora de la pulmonía, al tiempo que animaba a su atribulada madre moviendo afirmativamente la cabeza.

—Esto va bien, Eulalia, no se preocupe, que la que va a caer enferma va a ser usted.



En efecto, no se había separado apenas de su hija y había pasado noches enteras en vela sentada a su cabecera.

Por último, un día, tras el reconocimiento de rigor, don Sebastián anunció:

—Esta noche hará crisis. Que beba mucha agua y caldos y que no se destape.

Y una vez más el médico acertó. Antonia sudó copiosamente durante toda la noche, hubo que cambiar sábanas y camisión tres veces. A la mañana siguiente se encontraba débil, pero sin fiebre, dolor ni tos. Hasta la costra de las calenturas encontró llegado el momento de desprenderse y devolverle a la boca su expresión habitual. Recibió privilegios de convaleciente en forma de comidas especiales, postres delicados y visitas de su maestra para que recuperara las clases perdidas y a primeros de junio su recuperación era completa, aunque estaba aún un poco desmejorada y paliducha.

La enfermedad de Antonia había durado casi un mes y por ese motivo no conoció hasta más tarde el desenlace de los acontecimientos que se iniciaron con el traumático parto de la Fidela.

Tal y como había pronosticado el médico, la pobre mujer empezó con fiebre, flujo purulento y un deterioro fulminante que ocasionó su muerte al cabo de cuatro días por una infección generalizada. Fue enterrada en una fosa sin nombre en el cementerio del pueblo. Nadie fue al entierro porque su marido, el Genaro, se había ahorcado la noche del velatorio de un olivo próximo a su chamizo. Cuando quisieron enterrarle al lado de la Fidela el cura se negó aduciendo que los suicidas eran unos cobardes que morían en pecado mortal y no podían ser enterrados en sagrado. Al oír esto, el padre del Genaro le pegó al cura un puñetazo que le saltó dos dientes tirándolo por los suelos y causó destrozos varios en la sacristía antes de que pudieran contenerlo y llevarlo al cuartelillo de la Guardia Civil. Por su parte, su consuegro, el padre de la Fidela, que había sido puesto al tanto por su mujer de las verdaderas circunstancias de la preñez de su hija en un momento en el que su juicio

estaba nublado por el vino que había trasegado en abundancia desde que aquella murió, tomó de nuevo su hoz y se dirigió con paso vacilante pero voluntad decidida hacia el Círculo Agropecuario y del Comercio. Esta institución, el CACO, como era conocida en el pueblo, era en realidad el casino donde se reunían las fuerzas vivas de la localidad. Allí estaban el alcalde, el boticario, el sargento del puesto y algunos otros notables. Luisito, el verdadero responsable de todo, estaba en Madrid suspendiendo exámenes, de modo que el padre de la Fidela se dirigió enarbolando la hoz con el decidido propósito de clavarla en lo más alto del cráneo del boticario. Este, ni corto ni perezoso, sacó del bolsillo de la chaqueta un revólver de cañón corto del que nunca se separaba y descerrajó tres tiros al energúmeno que se abalanzaba sobre él.

—Defensa propia —adujo ante el cadáver del desdichado, con la pistola aún humeante en su mano.

Don Sebastián, que aunque no era socio se había dejado caer aquella tarde por el CACO para jugar al ajedrez, no estaba de acuerdo y así lo manifestó.

—Matías —dijo dirigiéndose al boticario—, este hombre estaba fuera de sí, pero se le podría haber detenido sin necesidad de matarlo. Estaba a tres o cuatro metros de ti y había varias personas, entre ellas yo mismo, que estábamos a punto de sujetarlo. Como mínimo te has precipitado, pero yo diría que has disfrutado con esto.

El boticario le miró con odio. Todos sabían que entre ellos dos existía una profunda enemistad que venía de años atrás, cuando varios mozos del pueblo fueron masacrados en Annual y don Sebastián firmó un escrito pidiendo responsabilidades que llegó hasta Palacio.

—Denúnciame si tienes cojones. Seguramente el sargento Chamizo, aquí presente, te dirá por dónde te tienes que meter la denuncia.

El mencionado picoletto, jefe del puesto de la Guardia Civil y fiel guardián de los intereses del boticario, que además era el mayor terrateniente del pueblo, asintió y añadió:

—Todos lo hemos visto, don Sebastián. Él solo se lo ha buscado.

Y ahí acabó el asunto, dejando solas y desamparadas a una abuela y a una nieta. La pequeña, en efecto, había sobrevivido milagrosamente, alimentada con una dieta a base de leche de vaca rebajada con agua, que le proporcionaba gran potencia de llanto. La madre de Antonia, que necesitaba ayuda en casa, acogió a ambas y se ocupó de las necesidades de la niña, a la que su abuela se empeñó en ponerle el nombre de Antonia, en agradecimiento a la ayuda que esta había prestado durante el malhadado parto de su hija.

Pocos días después la señora Eulalia dio a su hija un saquito de tela que contenía los botones de nácar de la blusa que había taponado la hemorragia de la Fidela.

—La blusa no tiene remedio, la he tenido que tirar, pero guárdalos. Quién sabe si alguna vez podrás coserlos en otra blusa que regales a tu nieta.

Aquel año de 1926 fue muy importante en la vida de Antonia. Una vez recuperada de su grave enfermedad, durante la cual había crecido varios centímetros y su cuerpo había empezado a adquirir incipientes formas femeninas que auguraban la bella mujer en que se iba a convertir, recuperó igualmente el retraso en sus estudios y en junio viajó a Mérida para someterse a los exámenes de tercero de bachillerato. Los chicos del pueblo que *valían para estudiar*, en opinión del maestro, se matriculaban como alumnos libres en el Instituto y allí tenían que ir a examinarse, comidos por los nervios y el miedo al fracaso. Antonia obtuvo buenas notas y a su vuelta don Sebastián la felicitó cariñosamente y le regaló un librito en tamaño octava, encuadernado en pasta dura pero muy desgastado por los cantos, titulado *Déclaration des droits de l'homme et du citoyen*.

—Este librito me ha acompañado durante muchos años y puedo decir que me lo sé de memoria, así que ya no lo necesito. Como ya vas sabiendo algo de francés, podrás entenderlo. Verás cómo te ayuda a superar los malos momentos, que los tendrás, y a ver con otros ojos los buenos, que también los habrá.

Don Sebastián era buena persona, además de un librepensador irredento, pero tendía en exceso a la solemnidad. Antonia le dio las gracias y guardó el librito en la bolsa que contenía los botones rescatados por su madre. Desde la muerte de su padre, un año antes, la muchacha veía en el médico una especie de figura paterna, o al menos tutelar. Ambos hombres no podían ser más distintos. El padre de Antonia, secretario municipal, pasaba su tiempo entre la oficina del ayuntamiento y las butacas del CACO, donde no hacía ascos a las frecuentes invitaciones de los asiduos. Cuando murió a causa de una apoplejía, su viuda procedió a una metódica eliminación de toda su ropa y efectos personales, puso en orden los papeles, arregló los asuntos del difunto, le hizo decir unas misas y emprendió una vida independiente y autónoma, dirigiendo un hogar integrado exclusivamente por mujeres: ella, sus dos hijas y, unos meses más tarde, la madre de la Fidela y la pequeña Antoñita, que era el centro de todas las atenciones.

Antonia no acababa de encontrarse bien del todo. El estirón que había dado durante su enfermedad no se había acompañado de una ganancia paralela de peso y estaba muy delgada. Se le notaban las costillas y sus mejillas, antes sonrosadas, estaban más pálidas de lo deseable. Don Sebastián le recetó dos frascos de aceite de hígado de bacalao que no hicieron otra cosa que revolverle el estómago. Finalmente su madre, libre ya de ataduras conyugales, decidió rememorar tiempos más felices de su juventud y tomarse un mes de vacaciones junto con su hija menor que pasarían en el balneario de Montemayor. Conchita y la señora Eduvigis quedaron al mando de la hacienda familiar y de los cuidados de la pequeña Antoñita. Tenía Conchita 18 años y concitaba el interés del elemento masculino del pueblo más de lo que su madre hubiera deseado, pero esta tuvo que optar entre la salud de su hija pequeña y la tutela de su hija mayor. Consideró que la había educado bien y que ya era momento de que tomara el control de sus actos. De modo que le dio unas instrucciones generales sobre el gobierno de la casa y las horas en las que una señorita debe permanecer en

la misma para no dar lugar a habladurías y dejó a don Sebastián el encargo de una presencia discreta.

Una mañana de primeros de agosto Antonia y su madre se montaron en la camioneta del Eufrasio, que las llevó a la estación del ferrocarril, distante unos diez kilómetros de su pueblo, y dieron comienzo a sus vacaciones.